

## COMISIÓN DE MONUMENTOS DE GUIPÚZCOA



El vocal que suscribe, cumpliendo la honrosa tarea que le confió la Comisión de Monumentos de Guipúzcoa, encargándole examinara y emitiera dictamen sobre el concepto que le merecían las obras que el distinguido arqueólogo berarnés, Mr. Barthety, miembro de la «Sociedad francesa, de Arqueología» y secretario de la «Sociedad de Ciencias, Artes y Letras de Pau», acababa de regalar á esta Comisión, tiene el honor de someter á su consideración el siguiente informe:

«El nombre del erudito arqueólogo y elegante escritor francés don Hilarión Barthety, es sobrado conocido entre cuantos nacionales y extranjeros se dedican al estudio de la historia del país basco y del antiguo reino de Navarra, comprendido el Bearn: entusiasta de su país, celoso recopilador de sus tradiciones é historia, ya hace años que dió muestra de su actividad y su talento, publicando varias obras sumamente curiosas referentes á su ciudad natal, Lescar, la antigua *Ben-harnum* de los romanos, obispado de alguna importancia en la edad media, y plaza fortificada con un castillo del siglo XIV. La crítica histórica de la vecina república juzgó muy favorablemente estas primeras producciones del Sr. Barthety, sobretodo las que llevan por título: «El antiguo obispado de Lescar, noticias históricas y descriptivas á propósito de un plano en relieve del palacio episcopal»; «El Hospital y el Lazareto de Lescar»; «Estudio histórico sobre San Galactoire, obispo de Lescar»; «Las fogatas de San Juan en Lescar en los últimos siglos»; «La hechicería en el Bearn y en el país basco», etc.

Algunos años después, el Sr. Barthety dió á la estampa dos folletos sumamente curiosos, referentes al notable «mosaico de la catedral de Lescar», descubierto en el coro de la misma en 1838 y restaurado

con rara inteligencia en 1886 bajo la dirección del Sr. Lafollye, arquitecto de los monumentos históricos: el vocal que suscribe tuvo ocasión de leer detenidamente los indicados folletos, siguiendo con interés la discusión que se entabló entre los Sres. Barthety y Lafollye, respecto á la época en que dicho mosaico pudo ser construido; pues aparte de la erudición de que ambos señores dieron gallarda muestra, se trataba de una obra llevada á cabo en una época notable de nuestra historia patria, y realizada por un personaje que, precisamente nuestros historiadores Zurita y Blanco, citan entre los jefes que combatieron como aliados a las órdenes del denodado Alfonso I el *Batallador* de Aragon, en el sitio y toma de Zaragoza en 1118.

Grato nos es el recordar este hecho glorioso para nuestras armas; el monarca aragonés, guerrero hazañoso, desde que ciñó la corona de sus mayores, ansiaba conquistar el emirato árabe de Zaragoza: á este fin emprendió una serie de campañas, cuyas acciones se contaron por victorias, tomando á los moros las plazas de Egea, Tauste, Castellar y Tudela, ante cuyos muros pereció el rey moro Abu Giafar y donde tanto se distinguió el príncipe francés Rotrón, conde de Alperche, á quien Alfonso dió la ciudad conquistada en feudo de honor, como premio á su arrojo. Algun tiempo después, el Rey de Aragón, al cual acompañaban como aliados, además del conde de Alperche, el príncipe Gaston de Bearne y buen número de distinguidos caballeros gascones y bernesés, entre los cuales se cita á los condes Centullo de Bigorre y de Cominges, vizconde de Gabartet, Anger de Miramont Arnaldo de Cabadan y Guy de Los, obispo de *Lascares*, puso cerco en 1116 á la antigua y famosa *Cesar Augusta* de los romanos; y tras las desastrosas derrotas de los almoravides de Granada y Valencia, que al mando del valiente walí Temim habian acudido en socorro de los sitiados y hubieron de sucumbir al valor y pericia de Alfonso y los suyos, la ciudad tuvo que rendirse al ejército cristiano en Julio de 1118; recibiendo el feudo de honor de la ciudad, el conde Gaston de Bearne, como remuneración al señalado esfuerzo y constancia mostrada por él en esta empresa, lo que le permitió en adelante titularse, como era costumbre, señor de Zaragoza.

Pues bien, á la vuelta de esta expedición fué, cuando el obispo de Lescar (que en el degenerado latin de la edad media se llamaba *Lasca-ris* ó *Lascares*), Guy, hijo de Arnaldo Guillermo de Los, señor del lugar de igual nombre y de Sancha Vaca su esposa, construyó en el coro

de su catedral el bellissimo mosaico de que hemos hablado; y quizás el personaje moro que figura en la composición del asunto causa principal, por cierto, de la erudita discusión sostenida entre los dos distinguidos arqueólogos citados, fué un recuerdo de los muchos que la reciente expedición contra los infieles debió dejar en el ánimo del obispo Guy, que segun las rudas costumbres de aquella época azarosa no temía dar el ejemplo acudiendo presuroso á guerrear en persona contra los enemigos de la fé.

No debo dejar de mencionar, por lo mucho que á nosotros interesa, que cuando hace tres años el Marqués de Echeandía presentó en la Comisión provincial de Monumentos de Nabarra, una proposición que tendía á que se pusiera en ejecución una cláusula del testamento otorgado en Pamplona en 1504 por Catalina de Foix, reina de Nabarra, segun la cual era su voluntad ser enterrada delante del altar mayor de la iglesia catedral de Santa María de Pamplona, donde sus antecesores los Reyes de Nabarra, de gloriosa memoria, habian acostumbrado ser enterrados; el Sr. Barthety se apresuró á escribir dos folletos curiosísimos sobre este interesante asunto, llenos ambos de numerosas citas históricas que prueban, su vastisima instrucción en esta clase de estudios, su prodigiosa memoria, su acendrado amor á las glorias del antiguo reino de Nabarra, su talento de arqueólogo, su prudencia exquisita al tratar de un asunto tan espinoso y delicado, y lo que es más halagüeño para nosotros, su deferencia para España y su cuidado en seguir con atención y asiduidad cuanto la prensa del país basco, y en especial la de esta ciudad dijo referente á este asunto por aquel entonces.

Gracias á dicho señor sabemos que aun se conservan, en los archivos de los Bajos Pirineos, dos testamentos originales: el de la reina Catalina, otorgado, como ya hemos dicho más arriba, trece años antes de que falleciera en Mont-de-Marsan, y el de su esposo Juan d' Albret, hecho en 1516, año de su fallecimiento en el castillo de Esgouarrabaque en Moncin.

Finalmente, sería una ingratitud por nuestra parte, no consignar en este lugar, sus desinteresados ofrecimientos á las Comisiones de Monumentos de Nabarra y Guipúzcoa, á propósito de las investigaciones que por un momento se creyó podrían emprenderse en la artística catedral románica de Lescar, siguiendo las preciosas indicaciones consignadas por Labourt en sus «Comentarios de los Fueros de Bearn»,

al objeto de encontrar el sepulcro de Juan d'Albret y Catalina de Foix, aquel rey desgraciado y aquella reina varonil, que, despues de la pérdida de su reino aun tenía alientos para decir á su esposo: «D. Juan, si hubiésemos nacido vos Catalina y yo D. Juan, jamás habríamos perdido la Nabarra».

Si circunstancias espaciales, que no son de este lugar rocordar, hicieron desistir por entonces de tal propósito á las Comisiones de Monumentos mencionadas, no por eso es menos de agradecer la valiosa cooperación que, espontáneamente, les brindó el modesto cuanto inteligente Sr. Barthety.

JOAQUÍN PAVÍA Y BERMINGHAM.

(Se continuará)

---

# EL VESUBIO

---

## (NOTAS DE VIAJE)

---

### (CONCLUSIÓN)

Donde está enclavada la estación y sus anejos el restaurant, las cuardras, las cocheras, y demás dependencias, puede decirse que ha terminado lo que propiamente se conoce con el nombre de monte Vesubio.

De aquí para arriba el volcan lo forma el llamado *cono de cenizas*, de modo que el funicular que arranca desde el pie de este cono y llega hasta muy cerca del cráter recorre, poco más, poco ménos, una extensión de trescientos metros casi verticales.

El restaurant tiene buenas condiciones y se almuerza como en el más suntuoso hotel.

Las estufas mantienen una temperatura uniforme, pues son muchos